



# Salvador Allende, a solas

POR JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO

## con la historia

### AL FILO DEL DÍA

**TERMINAL, PARA ALLENDE  
EL CUADRO SE LE HABÍA  
CERRADO DE TAL MODO**

**QUE SÓLO DISPONÍA**

**DE UN MANOJO DE**

**"ANTIOPCIONES":**

**conducir el proyecto**

**original con la Unidad**

**Popular vigente era ya**

**imposible, ceder a la**

**oposición de izquierda**

**para dirigir la insurrección**

**desde palacio sólo**

**aceleraría la reacción**

**militar, gobernar con los**

**militares siguiendo el**

**"modelo uruguayo" de**

**Bordaberry era romper**

**una coherencia política**

**vital, resistir el golpe**

**anunciado con las fuerzas**

**de que disponía era inducir**

**una masacre popular o**

**una guerra civil perdida,**

**declarar rota la UP era**

**una redundancia, forjar**

**una alianza alternativa era**

**extemporáneo.**

**A**l cumplirse un cuarto de siglo de su llegada a La Moneda, Salvador Allende Gossens hizo literalmente válida su profecía: "Aquí hay carne de estatua", decía a sus cercanos, palpándose en estilo semiserio.

Pero la estatua que se le erigió en 1995, 25 años después de su llegada a La Moneda -estéticamente mediocre- fue sólo un preludeo del foco que comenzó a iluminarlo en vísperas del trigésimo aniversario de su muerte. La riqueza de su personalidad, incluso en sus contradicciones, y la "serena firmeza" (una de sus muletillas preferidas) de su actuación final, hoy reviven en memorias e imágenes. Tras décadas de prudente encierro en los archivos, éstas se despliegan hoy en las pantallas mostrándolo como lo que fue: un Mandatario procedente de las élites ilustradas, incomprendido por los dirigentes revolucionarios, imposibilitado de controlar los acontecimientos que contribuyó a desatar, pero que -en definitiva- se autorrescató como una figura de grandeza trágica a escala universal.

Es una luz que, dicho sea de paso, contrasta con la bruma en que hoy sobrevive el general Augusto Pinochet, tan vulgar en momentos tan extraordinarios. Tan renuente, después, a asumir las responsabilidades reales -no retóricas- de su prolongado mando político y militar.

Por eso, a las nuevas generaciones les cuesta entender cómo pudo el régimen del general apuntalar el mito de un Allende satánico, guerrillero o bolchevizado. Esas acusaciones hoy se reducen al diagnóstico de una personalidad polifacética, con una pretensión utópica: la de amarrar a guevaristas y "soviethinchas" con su proyecto de marcha al socialismo a través de las instituciones. Una pretensión que explica su mal correspondida amistad con Fidel Castro, quien aún tenía el aura del héroe joven, en lucha contra Goliath. Asomándonos a lo que sucede en el mundo desarrollado, digamos que nadie sensato planteó que el Presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt fue menos demócrata, en los años 40, por haber creído en la amistad y sociedad con Stalin.

Los actos y dichos de Allende, sumados a los testimonios que hoy estamos revisando, dejan en claro que nunca aceptó la dictadura como método para implantar la justicia social en Chile. Por algo los profesores de revolución lo consideraban un izquierdista romántico o un "reformista pequeñoburgués". Regis Debray, entonces escritor de Castro, lo describió como "una pálida figura de socialista perteneciente a la aristocracia de la gran burguesía".





## GOBERNABILIDAD AMARRADA

El hecho es que Allende asumió con honor la responsabilidad por sus errores y sostuvo hasta su derrumbe un proceso que lo ponía a considerable distancia de Cuba y de la ex URSS. Recordemos que, pese al escepticismo de Castro, quien caracterizó dicho proceso como "insólito", el Presidente chileno lo planteó en su primer mensaje al Congreso Pleno como una nueva vía de transición al socialismo. Su coherencia quedaría plasmada en su última conversación con Patricio Aylwin, en agosto de 1973: "Mientras yo sea Presidente no habrá dictadura del proletariado en Chile", le dijo.

Entre ese mensaje y esta conversación, la vía allendista marcó un pleito asordado con miembros conspicuos de la coalición de gobierno. Como unos no se resignaban a revisar el dogma leninista y otros no querían renunciar a la locura guevarista, el Presidente debió realizar un repliegue táctico: "Si acaso rompiéramos la virginidad de los ortodoxos pero hiciéramos las cosas, me quedo con lo segundo", comentó entre irónico y mortificado, cuatro días después de su mensaje al Congreso.

Fue el primer síntoma inquietante. Los dirigentes de la Unidad Popular no reconocían a Allende un espacio de autonomía conceptual y política. A años luz del "partido transversal"

-que impondría Aylwin en su gobierno- ellos preferían tenerlo rigurosamente vigilado. Renunciaban, así, al impacto suprapartidario de una Presidencia plétórica de atribuciones. De hecho, la deslegitimaban.

### Era el costo en diferido del proceso previo.

Allende no fue el candidato intransable de ninguno de los partidos principales -comunistas, socialistas y radicales apostaban a otros nombres- y su mandato nació enredado en compromisos que atentaban contra la gobernabilidad. Durante tres años, consultó los más mínimos actos y cargos administrativos con los representantes de los partidos de la UP, llamando a una armonización de criterios



que jamás llegó. Los embajadores extranjeros solían comentar que, para orientarse en la Cancillería chilena, había que tener claro el mapa del "cuoteo", más que la jerarquía de sus interlocutores. Quizás por eso el Presidente soltaba, sarcástico, que él era un simple coordinador de los partidos de gobierno.

Desde esa frustración optaba, eventualmente, por dar instrucciones directas a algunos mandos medios de la administración -me correspondió recibirlas en la Corfo- y buscar asesorías "no alineadas". De ahí que, por sobre la muchedumbre de politólogos de la Unidad Popular, prefiriera como consultor al cientista político catalán Joan Garcés. De ahí, también, su aprecio por la pulcritud del establishment





militar, expresada en su alta consideración hacia el jefe del Ejército, general Carlos Prats. Podría mencionarse, además, su fracasado empeño por imponer a Felipe Herrera como ministro de Economía o de Relaciones Exteriores. Herrera terminó renunciando a su presidencia del BID a cambio de nada. Decisivos dirigentes de la UP lo vetaron, porque era "el hombre de Washington".

### MOVIMIENTO DE PINZAS

La deficiente captación del problema del poder, en la dirigencia de la UP, facilitó la labor de las organizaciones opositoras. De manera "objetiva", como diría un teórico, aliados y opositores acorralaron a Allende en un movimiento de pinzas.

Existió, además, una oposición de ultraizquierda -fuera, pero también dentro de la UP- que jugó un papel fundamental. Orientada a superar "el programa reformista", terminó potenciando a las organizaciones de la ultraderecha, también violentista y desestabilizadora. Muchos estimaron, entonces, que respecto a la oposición de ultraizquierda existía una enorme debilidad en Allende, vinculada a su parentesco con líderes o militantes del MIR.

**De manera inexorable**, la acumulación de problemas de gobernabilidad terminó anulando su capacidad de liderazgo. A mediados de 1972, el nudo de disciplinas y estrategias cruzadas dentro de la UP, el "alternativismo" sistemático del MIR y la estrategia opositora unificada, ya no le dejaban salidas claras.

Esto se percibió con nitidez cuando llamó, dramáticamente, a los "jóvenes teóricos" a una recapitación política, advirtiéndoles que "las pirámides no se comienzan por el vértice". O cuando pretendió demostrar que, en períodos homologables, la labor revolucionaria de su gobierno había avanzado más

rápida y eficientemente que en Cuba. Lo cual no dejaba de ser cierto.

En su campaña interna contra los que llamaba "termocéfalos", el Presidente llegó hasta al envío de una "Carta a los jefes de los partidos de la Unidad Popular", en julio de 1972. En su texto denunciaba como inconcebible la pretensión de desconocer "el sistema institucional que nos rige". El documento, pese a ser dirigido a un colectivo, no pudo ser respondido colectivamente. Cada jefe de partido respondió por su cuenta, demostrando que tampoco había acuerdo ante una invocación tan sensata.

Al filo del día terminal, Allende estaba siendo atacado con dureza tanto por la unificada oposición de centro y derecha, que planteaba la "ilegitimidad de ejercicio del gobierno", como por la oposición de izquierda, que lo acusaba de "capitulacionista". El cuadro se le había cerrado de tal modo que sólo disponía de un manajo de "antiopciones": conducir el proyecto original con la Unidad Popular vigente era ya imposible. Ceder a la oposición de izquierda para dirigir la insurrección desde palacio sólo aceleraría la reacción militar. Gobernar con los militares siguiendo el "modelo uruguayo" de Bordaberry era romper una coherencia política vital. Resistir el golpe anunciado con las fuerzas de que disponía era inducir una masacre popular o una guerra civil perdida. Declarar rota la UP era una redundancia. Forjar una alianza alternativa era extemporáneo.

### LIBERTAD Y MUERTE

Si alguna vez un gobernante conoció verdaderamente la soledad política, ése fue Allende. Todo Chile pudo asomarse a su drama íntimo cuando, en mayo de 1973, se quebró y saltaron sus lágrimas en pleno discurso ante la televisión. Eran lágrimas que desbordaban impotencia, amargura, ira, frustración. pero,





**LOS ACTOS Y DICHS DE ALLENDE, SUMADOS A LOS TESTIMONIOS QUE HOY ESTAMOS REVISITANDO, dejan en claro que nunca aceptó la dictadura como método para implantar la justicia social en Chile. Por algo los profesores de revolución lo consideraban un izquierdista romántico o un "reformista pequeñoburgués". Regis Debray, entonces escritor de Castro, lo describió como "una pálida figura de socialista perteneciente a la aristocracia de la gran burguesía".**

sobre todo, soledad.

Tras largas décadas de protagonismo, el Presidente veía que su proyecto insólito estaba fracasado y que el sistema chileno de partidos comenzaba a derrumbarse, tal como profetizara Radomiro Tomic: con el carácter ineluctable de una tragedia griega.

Por eso, mientras jugaba con la idea de un plebiscito, en cuya eficacia tal vez no creía, se iban ordenando en su mente las que serían conocidas como "sus últimas palabras". En el momento ominoso, que avizoraba, las diría no en calidad de líder de los partidos de gobierno, sino como simple "intérprete de grandes anhelos de justicia". De hecho, entonces ni siquiera mencionó a los partidos de la coalición. Adivinó que serían "otros hombres" los que superarían los momentos grises y amargos que le tocó padecer.

Esto significaba que, desde una hiperlucidez crepuscular, comenzó a vincular la tragedia en ciernes con la renovación de las izquierdas. En cuanto a él mismo, no se asumía como Presidente escarnecido o exiliado. Ante la magnitud de la catástrofe, la inmolación del Mandatario liberal José Manuel Balmaceda impactaba su imaginación. El suicidio como catarsis del patriota. Con ello impulsaría un viraje dramático a largo plazo, para equilibrar la ausencia de los muchos virajes dramáticos que no se hicieron, porque nadie quiso asumir su costo.

De esta manera, Allende llegó a su última cita con una decisión tomada desde la raíz de su individualidad. Asumida sin consultas con los jefes de partido y desechando la inducción de Castro a combatir con el apoyo de "la formidable fuerza de la clase obrera". Al explicar esa decisión con estoicismo escalofriante hizo que muchos descubrieran, recién, la nobleza del jefe que los dirigentes de la Unidad Popular se esmeraron en acorralar.

El líder cubano, intruso hasta después del desenlace, trató de falsificar la muerte de Allende para que coincidiera con sus tesis guerrilleras. Su guión de película convenció hasta a Gabriel García Márquez, pero, a mediano plazo, la verdad impuso su grandeza. Porque en esos instantes de pólvora y espanto del 11 de septiembre de 1973, el Presidente chileno confirmó su currículo de pije bravo, seductor y valiente y fue lo que él dijo que era: un Mandatario con la dignidad del cargo, leal con la patria, que cuidaba la vida de los suyos y pagaba con la propia la lealtad del pueblo.

Todo ello de manera verdaderamente irreversible, porque ese día estaba a solas con la Historia.

